

## Recuerdo de Miguel Reale

MARIO LOSANO  
Universidad del Piamonte Oriental

Hace pocos meses hablaba de Miguel Reale como el último de mis viejos Maestros todavía vivo; poco después de recibir el último volumen de «Doxa» con mi entrevista, me llegaba la noticia de que también el nonagenario Miguel Reale había fallecido. Brasil y América Latina habían perdido al patriarca de la filosofía del Derecho.

Nacido en São Bento de Sapucaí, en la frontera entre el Estado de São Paulo y el de Minas Gerais, Miguel Reale ha fallecido el 13 de abril del 2006 en la ciudad de São Paulo. De su intensa vida científica, política y profesional él mismo dibujó un fresco apasionante en los dos volúmenes de su autobiografía *Memórias*, publicados en 1986 y después en 1987 en segunda edición. Las *Memórias* son una síntesis en las que el pensamiento y la acción se entremezclan continuamente y ofrecen también al lector europeo el tejido de conexión existencial en el que colocar el arco evolutivo de una copiosa producción literaria.

El título de uno de sus últimos artículos, escrito el 17 de diciembre del 2005, expresa la naturaleza que sentía como propia y que todos los que le conocían le han reconocido: «Sou por inteiro filho do século xx». «Por inteiro» no sólo como pensador, no sólo como filósofo del derecho. «Por inteiro»: también en la multiforme y a menudo radical política brasileña (de la que fue teórico de primera fila), también en la modernización de un Estado que se preparaba para convertirse en una potencia continental y, hoy mundial, junto con China e India. «Por inteiro»: también en la vida privada, ligada a la emigración de Europa de su familia de origen, a la sólida visión de la vida familiar con su inolvidable esposa Nuce, a la que dedico delicados versos. Tal vez sea partiendo de estas raíces que se puede iniciar un recuerdo más personal que científico del último de los viejos Maestros que me ha dejado.

Como tantos brasileños de los Estados meridionales de Brasil, Miguel Reale descendía de una familia de origen italiana y, a lo largo de toda su vida, había conservado viva la pasión por la lengua y por la cultura, no solo jurídica, de Italia. El padre, Biagio Reale, era médico como muchos otros componentes de aquella familia originaria de Basilicata y de Nápoles. Pero Miguel

Reale no permaneció durante mucho tiempo en São Bento do Sapucaí, que en sus memorias se ve como una «península» paulista «inserida en el territorio de Minas Gerais». Prevalció la llamada de la capital del Estado. En São Paulo frecuentó la escuela media Dante Alighieri, que reforzó el vínculo con la tierra de origen tanto en él mismo como en enteras generaciones de paulistas. La escuela Dante Alighieri marcó su vida tanto intelectual, como personal: allí encontró a Nuce que se convertiría en su mujer, y allí recibió el impulso decisivo para dedicarse a las ciencias humanas.

Frecuentó de 1930 a 1934 la Facultad de Derecho de São Paulo también porque en aquellos años no existía otra facultad en la que practicar las disciplinas humanistas. Pero, junto con el estudio, su vida política fue intensa. Si del padre había heredado el espíritu reformista mazziniano, de la facultad, de aquellos años, recibió el impulso para entrar en la vida política activa. Se iba afirmando también en Brasil la búsqueda de una «tercera vía»: en Europa, la «tercera vía» entre capitalismo y comunismo pasaba a través del fascismo y el nacionalsocialismo; en Brasil –donde el comunismo estaba presente como ideología pero no como amenaza inminente ligada a la proximidad geográfica de un gran Estado bolchevique– la «tercera vía» tomó el nombre de «integralismo» y se propuso organizar el Estado según un modelo que no fuese ni fascista, ni capitalista.

No se puede entrar en la añosa cuestión de en qué medida el integralismo brasileño fue similar o diverso del fascismo italiano: ciertamente era un movimiento autoritario fundado sobre el partido único e inspirado en la doctrina social de la Iglesia católica. La «Ação Integralista Brasileira» se constituyó en 1930 y Miguel Reale fue su primer teórico. Su primer libro publicado apenas acabados sus estudios universitarios, en 1934: *O Estado moderno* examina las teorías políticas fascista, liberal y comunista, intentado presentar el integralismo como una alternativa a las mismas. Como movimiento político el integralismo estaba destinado a ser barrido por la dictadura de Getúlio Vargas. No obstante, en la medida en que la política brasileña es a menudo violenta pero siempre conciliadora, fue el propio Getúlio Vargas quien quiso a Miguel Reale en el órgano legislativo del Estado de São Paulo donde estuvo desde 1942 a 1944. La intensa década entre 1930 y 1940 fue decisiva no sólo para la vida política, sino también para su carrera universitaria y para el pensamiento científico de Miguel Reale.

Reale no evitó nunca la crítica sobre su militancia integralista: no tomó distancias, no la repudió ni la escondió. Sus textos integralistas fueron publicados de nuevo en 1983 en una colección de la Universidad de Brasilia dedicada a los clásicos en la política brasileña. Todavía recientemente, en un artículo de 28 de julio del 2004 titulado *O integralismo revisitado*, tomaba críticamente posiciones sobre el integralismo y sobre su participación activa en ese movimiento.

Después de una disputada oposición en 1934, Reale accedió a la cátedra de filosofía del derecho en la Facultad de Derecho de São Paulo y en 1940, publicó su tesis *Fundamentos do Direito*, en la que exponía *in nuce* la teoría tridimensional del derecho, destinada a sucesivas reelaboraciones y con amplias repercusiones también fuera de América Latina. A partir de ese momento, su incansable actividad se manifestó en la vida política, académica y profesional con tal intensidad, que es posible sólo señalar los puntos más sobresalientes. Una síntesis bibliográfica aparece en el volumen publicado por el Centro de Documentação do Pensamento Brasileiro, presidido por Antonio Paim: *Miguel Reale. Bibliografía e estudos críticos* (Salvador 1999).

A lo largo de 1947 y 1969 fue Secretario en la Justicia del Estado de São Paulo; en 1949 rector de la Universidad Estatal de São Paulo (USP), cargo en el que será reelegido de 1969 a 1973; en 1949 fundó el Instituto Brasileiro de Filosofia, que todavía hoy reúne a la totalidad de los pensadores brasileños y que publica la «Revista Brasileira de Filosofia», que ha superado los 200 fascículos; participó en la fundación de dos partidos políticos, el Partido Popular Sindicalista y el Partido Social Progresista («havia uma boa dose de quixotismo nesse empreendimento» anota en las *Memórias*); en 1969 participó en la comisión para la revisión constitucional e inició el largo trabajo de preparación de un nuevo código civil, destinado a sustituir –pero sólo a partir del 2003– el viejo código de Clóvis Bevilacqua de 1916. En 1974 fue nombrado Presidente del Consejo Federal de Cultura, cargo que mantuvo durante quince años. El reconocimiento de estas actividades se concretó en los 15 doctorados *honoris causa* y en las numerosas condecoraciones brasileñas y extranjeras, sin olvidar su posición de miembro de la Academia Brasileira de Letras desde 1975.

Academia de letras, ciertamente, porque el jurista Reale también era poeta. En realidad, en la vasta producción de Reale hay lugar no sólo para el derecho positivo y la filosofía del derecho, sino también para la política pública y el análisis literario, para la crítica social y para la poesía. La poesía de Reale está ligada a su ironía y a su buen humor, a su vida y sus afectos, tal vez también a sus pensamientos y a sus autores, como cuando no consigue conciliar el sueño «procurando, em insólito tormento,/conciliar Kant, Hegel, e Agostinho». Ya adentrado en años, acoge sin ansia el pensamiento de la muerte: «Se o homem fosse eterno, que tristeza!», y concluye: «Tal vez houvesse um mundo diferente/ com mais amor e solidariedade/se toda gente /estivesse convencida/ de que a morte dá sentido à vida». Afirmación justa, que sin embargo no colma el vacío en el espíritu del que se ha quedado. Apasionado estudioso, su pensamiento se dirige al destino de su gran biblioteca tras su muerte: «Morto a biblioteca/projeta a sua imagem:/ um livro fechado / para sempre encerrado». Y cada libro se queda ahí, «em fila de pé/ como soldado montando a guarda/ ao que não é».

Miguel Reale, cuando pensaba en la muerte tenía ya mas de setenta años, pero gozó hasta el final de una vitalidad incontenible. Abogado desde 1934, se ocupó de los grandes problemas brasileños y, en particular de la electricidad: consejero de las principales sociedades paulistas de electricidad desde 1979 a 1985, fue desde 1982 a 1997, miembro del consejo de administración de la *Itaipu Binacional*, la empresa paritaria brasileño-paraguaya que gestiona los sistemas hidroeléctricos en el Río Paraná, en la frontera entre los dos Estados (en base a un tratado al que contribuyó el mismo Reale). Como estudio atento a la práctica, Miguel Reale se interesaba en todo aquello que de nuevo se presentaba en la sociedad. Limitándome a mi experiencia personal, baste recordar que en 1973 Reale me invitó a São Paulo para impartir un curso sobre informática jurídica: hoy la informática es el pan de cada día en tantos sitios, pero para comprender en qué medida Reale estaba abierta a las innovaciones cabe recordar que en aquella época, en Milán, sólo podía enseñar informática jurídica disfrazándola de teoría general del derecho.

El curso de informática jurídica de São Paulo fue para mi extremadamente gratificante justamente por el interés con el que fue seguido por numerosos alumnos (que, como Dínio de Santis Garcia, Pedro Luiz Ricardo Gagliardi y otros, aplicaron la informática a los tribunales) y por los frutos que dio en los años siguientes. Gracias al apoyo de Miguel Reale y del profesor Oswaldo

Fadigas, entonces responsable del centro de cálculo, fue incluso posible organizar la simulación de un programa jurídico sobre un ordenador que se encontraba en la Ciudad Universitaria, en la periferia de São Paulo, y que, en ocasión de la lección final fue conectado con un cable telefónico al Aula Magna de Largo São Francisco. Uno de los grandes periódicos paulistas publicó una fotografía de Miguel Reale, conmigo y con otros colegas, junto al primer terminal informático en la Facultad de Derecho. En aquella ocasión inicié a ocuparme también de la historia del derecho brasileña, puesto que me parecía inconcebible informatizar un derecho del cual no conocía la historia. El curso de informática se desarrolló por tanto paralelamente a mis investigaciones sobre Tobías Barreto, en la que me guió Miguel Reale, como explicaré más adelante.

Es fácil entender, por tanto, los motivos de mi gratitud hacia este pensador, el afecto filial que he nutrido por él durante más de treinta años y la pérdida que siento ahora en mí: Largo São Francisco sin Miguel Reale no es ya el que se había consolidado en mi recuerdos. Afortunadamente, Largo São Francisco se renueva continuamente desde hace siglos; y, gracias a los amigos viejos y nuevos, la vida continua, aunque cada vez más poblada de recuerdos.

De frente a la pluralidad de los intereses de Miguel Reale debo limitarme –y sólo a través de pequeñas muestras– al Miguel Reale filósofo del derecho. La concepción tridimensional del Derecho, dibujada en su tesis de 1940, fue ulteriormente elaborada en la *Filosofia do Direito* en 1953 (traducida al español en 1979 en las Ediciones Pirámides de Madrid) y en las *Lições preliminares do Direito* de 1973, que conocieron numerosas ediciones e influyeron sobre la formación de enteras generaciones de juristas en todo Brasil. Con la teoría tridimensional Reale propone entender el derecho en sus tres dimensiones positiva, fáctica, y axiológica, de modo que permita tener una visión no artificialmente sectorial, como sucede en la doctrinas unilaterales del derecho. Finalmente, una exposición comprensiva de la teoría tridimensional del derecho tomó forma en un volumen homónimo de 1968 (traducido al español: *Teoría tridimensional del derecho*, publicado en 1973 por la Imprenta Paredes de Santiago de Compostela). También han sido traducidos al español –aunque la lista no es exhaustiva– *Fundamentos del derecho* (Depalma, Buenos Aires 1976) e *Introducción al derecho* (Ediciones Pirámides, Madrid 1977).

Reale realiza la superación del positivismo jurídico y del sociologismo jurídico recurriendo al concepto de «experiencia», formulado en la obra *O direito como experiência* de 1968 (que se tradujo al italiano en una edición revisada por el propio autor: el traductor Domenico Coccopalmerio precisa de hecho que «la edición italiana es una segunda edición puesta al día y completada»). Como afirma el mismo Reale, esta obra es la continuación directa de la *Filosofia do Direito* de 1953 y continua a su vez en el volumen *Experiência e cultura* del 1977. Para Reale la experiencia no es sólo una categoría histórica y cultural, sino que es «un problema epistemológico fundamental» que permite construir el derecho como una unidad sistemática. La conexión entre experiencia y cultura conlleva también una concepción filosófica típicamente brasileña: ese «culturalismo» del que Reale señala las raíces europeas en Vico y la elaboración brasileña en el ya nombrado Tobías Barreto.

Y aquí el recuerdo de Miguel Reale se hace inevitablemente personal, porque fue él quien me indujo a estudiar la figura de Tobías Barreto. Había conocido a Miguel Reale en el congreso mundial de filosofía que se celebró en septiembre de 1967 en Gardone Riviera. En aquella ocasión Alessandro

Passerin d'Entrèves se convirtió en el Presidente de la Asociación Internacional de Filosofía Jurídica y Social (IVR) y yo en el Secretario General. Nos propusimos ampliar a todo el mundo la participación en el IVR y de este propósito nació mi relación con Miguel Reale, destinada a durar hasta sus últimos días. En 1970, preparando la edición italiana de *El fin en el derecho* de Jhering, le envié una carta pidiéndole información sobre Tobias Barreto. Su respuesta me indujo a profundizar mis investigaciones históricas sobre el derecho brasileño y Reale me aconsejó el estudio del «germanista» Barreto sabiendo que teníamos en común la pasión por la cultura alemana. Empecé así una serie de investigaciones y publicaciones, que duraron hasta el 2000 y que finalizaron con la publicación de mi libro *Un giurista tropicale. Tobias Barreto fra Brasile reale e Germania ideale*.

Tuve el honor de recibir para ese libro un prólogo de Miguel Reale. En él sintetiza, entre otras cosas, también el culturalismo brasileño: «Una de las ideas más fecundas elaboradas por Tobias Barreto fue la de “cultura”, contrapuesta a la de naturaleza en una relación de contraste radical de la primera respecto a la segunda. Para él, la “cultura es la antítesis de la naturaleza, en la medida en que produce un cambio en lo natural, en el intento de hacerlo bello o bueno”. La cultura es en resumen, para Barreto, el arte de corregir y de adaptar la naturaleza hacia el pleno desarrollo del ser humano, como he intentado aclarar en mis diversos trabajos sobre el “culturalismo” de Tobias Barreto. [...] Es un mérito innegable de Tobias Barreto, inspirado en distinta medida por Herrman Post y por Rudolf von Jhering, el haber visto el problema de la cultura como uno de los más relevantes para un país emergente, que tiene necesidad de usar los valores de la inteligencia para sacar ventaja de la naturaleza que lo circunda. No debe sorprender si el “culturalismo” –la corriente filosófica más activa y expresiva del Brasil– considera a Tobias Barreto como uno de sus inspiradores». En este punto la tradición de Barreto se une a la aportación del Reale, teórico de la experiencia jurídica: «Tobias Barreto, como filósofo y como jurista, no se dejó seducir por soluciones formales, sino que supo siempre relacionar la idea con la experiencia». El culturalismo es por tanto un hilo constante que une Barreto a Reale, quien ya en 1941 había publicado un ensayo dedicado al *Culturalismo da Escola do Recife*, escuela cuyo jefe reconocido era justamente Tobias Barreto.

La idea de la «cultura» circula constantemente en las obras de Reale, también cuando supera la teoría de la experiencia jurídica a la búsqueda de una teoría general del conocimiento. En otras palabras, el humanista salido de la Escuela Dante Alighieri, que se hizo jurista bajo las arcadas del edificio de Largo São Francisco, pasa ahora de la filosofía del derecho a la filosofía *tout court*. En 1977 *Experiência e cultura* comienza con estas palabras, que imprimen un ulterior impulso al pensamiento de Reale y al mismo tiempo se conectan a los resultados ya adquiridos: «Tal vez no es exagerado afirmar que uno de los problemas fundamentales de nuestro tiempo consiste en elaborar una *teoría del conocimiento* que pueda ser una *teoría de la experiencia*, con la intención de ganar una correlación más viva entre naturaleza y cultura y, en particular, entre ciencia de la naturaleza y ciencias del hombre».

Con *Verdade e conjetura* de 1983 Reale –ya bien entrado en los setenta– propone integrar la teoría del conocimiento tradicional, de sello kantiano, con un nuevo instrumento: el pensamiento conjetural, que utiliza conceptos no rigurosos pero plausibles. Kant sostenía que se «conoce según conceptos» y se «piensa según ideas»; a estos dos recorridos cognoscitivos Reale añade el «pensar por conjeturas»: tal vez este último presenta alguna analogía con

la noción de falsabilidad de los conocimientos de Popper, que no por casualidad es uno de los autores más citados en esta obra de Reale, aunque no tanto como Hartmann, Heidegger y Husserl. También las conjeturas están ligadas a los valores, a la cultura: incluso si se piensa por conjeturas, escribe Reale, «pensar es siempre juzgar». Se cierra así el círculo entre norma, realidad y valores, típico de la tridimensionalidad jurídica de Reale. Esta obra representa un punto culminante en la producción de Reale; es más, parece separarse de su producción filosófico-jurídica para progresar hacia nuevos espacios.

Miguel Reale confiaba no sólo en los libros para la difusión de sus ideas, también escribía artículos en los grandes periódicos nacionales, impartía conferencias y realizaba actividades de organización de la cultura: de la presidencia de la fundación cultural «Moínho Santista» a la organización de los congresos de filosofía, a menudo junto con el también añorado Tarcísio de Miranda Burity, el «kelsenólogo» que fue también gobernador del Estado de Paraíba. Reale tenía la vocación del Maestro. A mí me abrió las puertas del Brasil y de América Latina a inicios de los años setenta y en mi memoria, aflora hoy una imagen que es también un símbolo. Ciertamente, lo recuerdo en la impresionante sala del rectorado, en el gran estudio de abogado y en su bella casa paulistana de laberíntica biblioteca; pero, para mí, la imagen símbolo del Reale Maestro está vinculada a su *chácara* en el campo fuera de São Paulo, donde se retiraba con la familia.

En Brasil todo está sobredimensionado, y aquella casa en el campo era en realidad una hacienda que, con los años, había acabado por encontrarse casi a las puertas de la ciudad. En un espacio conservado como un jardín botánico, Reale había hecho cultivar las plantas típicas de Brasil, de modo que los visitantes pudieran de un vistazo comprender la riqueza botánica del país. En la memoria lo vuelvo a ver en un día de sol, cerca de un arbusto de café, mientras pelaba una baya roja y, sonriendo contento con los ojos entrecerrados, me enseñaba el grano de café tal y como se presenta en la naturaleza y como yo, europeo y hombre de ciudad nunca lo había visto. Es la imagen-símbolo del filósofo que guarda la semilla del saber, y es también la imagen de lo que Reale ha sido para mí y para tantos otros.

Pero Miguel Reale no era sólo un ser bucólico: era sobre todo un gran anciano infatigable. Incluso en los últimos años, visitándolo en São Paulo, lo encontraba saliendo o llegando de viajes a conferencias y encuentros en las capitales del mundo y en los rincones más perdidos de Brasil. La vejez de aquel nonagenario lleno de vitalidad personificaba a la perfección la proverbial máxima de Terencio: *aquilae senectus*, la vejez del águila. El 13 de abril 2006 ese águila voló para siempre.

Traducción de Cristina GARCÍA PASCUAL